Meditación de Teotihuacán

Para Carlos Prieto, que en el corazón de México sabe ser español y hombre de Occidente.

Al pie de la pirámide del Sol, la voz de un poeta rubio dice en limpio castellano: «España no nos trajo la cultura; nos trajo tan solo una cultura.» Es verdad. Cuando los españoles llegaron a la meseta de Anáhuac, los palacios y los templos de Tenochtitlán daban brillante testimonio de las culturas chichimeca y azteca. Y cuando los duros cazadores chichimecas alcanzaron, desde el norte, la meseta central del actual México, allá en Teotihuacán les esperaban, tan imponentes y misteriosas como ahora, las pirámides que esa radiante mañana daban eco a la voz castellana del poeta: «...tan solo una cultura».

Esa cultura que España llevó al Anáhuac, ¿será, por añadidura, un aderezo prescindible? Las piedras que allí labraron españoles y criollos, ¿serán para el México del futuro algo semejante a lo que para los actuales egipcios son las que Tutmosis y Ramsés hicieron esculpir junto al Nilo? El idioma con que Hernán Cortés dijo su amor a la Malinche, ¿quedará en ser el sistema de señales sonoras y gráficas con que los mexicanos de una futura «era atómica» o «era espacial» expresen la ciencia propia de esa edad y elaboren las intuiciones de la realidad que antes de la llegada de Cortés habían logrado aztecas y toltecas? Con su mudo lenguaje de formas, así vendría a decirlo en el Parque de Chapultepec el recientísimo edificio del Museo de Antropología, una de las joyas arquitectónicas de todo el Nuevo Mundo. Ese espléndido monumento, ¿qué es, sino el felicísimo intento de combinar unitariamente la arquitectura más actual, la que se admira en la Park Avenue y en

Brasilia, con las que mayas y aztecas idearon siglos antes de que los franciscanos españoles levantasen los muros impacientes de Huexotzingo? Perdido entre la inmensa multitud que llenaba el patio central de ese museo el día de su inauguración, yo, viajero de España, descendiente de españoles que no vinieron a América y de criollos que no sé cuando arraigaron en Cuba, me sentía como debajo de un puente vigorosa y deliberadamente tendido entre las culturas prehispánicas y la cultura actual. Y sin querer, recordaba y rumiaba en silencio las palabras castellanas del poeta rubio: «España no nos trajo la cultura; nos trajo tan solo una cultura.»

Bien. Vengamos ahora a la verdad más tópica y experimentable. España, se nos dice, llevó a América sangre, religión, lengua y costumbres. Nada menos cuestionable, nada más real y patente. Pura en unos casos, mezclada con la indígena en otros, ahí está la sangre española. Desde los marineros andaluces que acompañaron a Colón hasta los emigrantes forzosos de 1939, ¿cuántos son los iberos que han echado raíz permanente en América? Entre Nuevo México y la Tierra de Fuego, la sangre española es una importante realidad. Y con la sangre, la religión. Cualesquiera que sean los resultados a que pueda conducir la investigación sociológica, nadie podrá negar que el cristianismo católico es una realidad importante en la vida hispanoamericana y nadie discutirá la tan decisiva parte de España en su implantación y desarrollo. Y entre la sangre y la religión, la lengua y la costumbre. En puro castellano se dio ayer el «grito de Dolores», ha escrito luego Alfonso Reyes y siguen diciendo su sentir los poetas. En castellano se comercia, se dialoga o se disputa con el «gringo». En castellano se ensalza o se vitupera la hazaña del matador de toros, y en castellano cantan los miembros del prodigioso *ballet* mexicano que he visto en el Teatro de Bellas Artes. ¿Dónde acaba lo indígena y dónde empieza lo español en los trajes, en los movimientos, en la música, en la gracia y el drama de ese espectáculo inolvidable?

La vida entera de la que fue Nueva España, sigue atestiguando la razón de ese viejo nombre. Pero la sangre puede hacerse soporte biológico de una cultura muy distinta de aquella a que en su origen perteneció. ¿Quién más romano que el escritor Séneca? ¿Quién más francés que el político Schumann? La religión cristiana puede, por otra parte, atenerse muy escuetamente a lo que en ella es universal y sobrenatural —a lo esencial de ella—, y abandonar sin pena y hasta con cierta

fruición las formas históricas del ayer inmediato. Entre los actuales clérigos hispanoamericanos, ¿cuántos son los que en el orden de su vida religiosa se confesarían «hispánicos»? Y aunque la lengua no sea tan sólo un código de señales, aunque sea principio informador de la vida anímica y, por tanto, de la total existencia del hombre, ¿no es cierto que puede convertirse en vehículo expresivo de intuiciones, sentires y conceptos enteramente ajenos a los que en su nacimiento expresara? ¿Acaso Pí y Margall y Nocedal no hablaban y escribían la misma lengua?

Sepamos ser radicales en nuestro pensamiento. En la medida de lo posible, evitemos por igual el sentimentalismo y el razonamiento tópico y ocasional. Porque de lo que ahora se trata, es de saber si los mexicanos de mañana van a hacer su vida, toda su vida, expresando con acciones y palabras una ciencia, una técnica, una economía y una administración que apenas tendrán que ver con España, y dando actualidad inédita, por otra parte, a la visión del mundo propia de sus culturas prehispánicas. En definitiva: si los tres siglos de su pasado hispánico van a ser para el México del futuro sólo un paréntesis pintoresco y turístico; si la realidad histórica y social de Mesoamérica, como ahora se dice, va a tener precursor espejo en ese espléndido Museo de Antropología del Parque de Chapultepec.

Dejemos ahora intacto el problema de si en la ciencia y en la técnica de mañana tendrán o no tendrán algún papel España y su idioma; pensemos tan sólo en las posibilidades actuales y universales de las culturas mesoamericanas anteriores a Otumba. Yo creo muy sinceramente que los mexicanos del siglo XX, hablen o no hablen náhuatl, descubrirán y extraerán del seno de esas culturas tesoros hasta ahora inéditos —estéticos unas veces, intelectuales otras—, susceptibles de vivencia y utilización por parte de los hombres todos. Así lo demuestran y anuncian la pintura mural del actual México y, más entrañable y delicadamente, los fragmentos del Chilam Balam y del Cancionero de Huexotzingo que en alado castellano y con nobilísima grafía he visto allí grabados sobre la piedra de los muros más recientes. Pero la causa eficiente de esa vigorosa actualización de lo autóctono, ¿de dónde ha salido? ¿Solo de un indigenismo sentimental y políticamente hostil contra España? ¿Solo de una secreta voluntad de prescindir a toda costa de la cultura que España llevó al Anáhuac? Este es el problema.

¿Qué llevó España a México, qué llevó España a América?

Conocemos la irrefragable respuesta tradicional: aparte los caballos y la rueda, España llevó a América su sangre, su religión, su lengua y sus costumbres. Ahí está, para demostrarlo, el espectáculo vivo de Hispanoamérica. Pero yo creo que España llevó algo más al Nuevo Mundo, algo necesario para entender cabalmente la historia presente y futura de este. Yo creo que, además de esas *realidades*, España fue portadora de una fundamental *posibilidad* histórica, sin la cual no sería imaginable la faena de actualizar y universalizar todo lo que de actual y universal —en una palabra: de humano— lleven en su seno las culturas prehispánicas. A su manera hispánica, con los extremeños, andaluces y castellanos que en Salamanca o en Alcalá habían aprendido los silogismos de Aristóteles, el nominalismo de Durando y la anatomía de Vesalio, con *La Celestina*, fray Luis de León y el *Quijote*, con sus singularísimas e intransferibles realidades, España implantó en América la permanente posibilidad de ser hombre que en su esencia es Europa. Esto es: la egregia y comunicable posibilidad histórica engendrada por la fusión del legado helénico, el cristianismo y la germanidad.

Grecia enseñó a los hombres, a todos los hombres, aunque estos no sepan de quien han recibido tal enseñanza, el hábito de obrar y pensar con la mente atenida al «qué» de las cosas, al ser, a lo humano en cuanto tal. Déjeseme explicarlo apelando a mi disciplina académica, la historia del saber médico. Frente a la enfermedad, el hombre usa remedios a los que atribuye cierta acción curativa. ¿De qué depende tal acción? Antes de que Grecia inventase el pensamiento técnico y científico, los hombres usaban empíricamente sus remedios o creían que la eficacia curativa de estos dependería de «quién» los aplica (el mago, el chamán, el *medicine-man*, el médico-sacerdote), de «cómo» se les aplica (el rito terapéutico) o de «dónde» son prescritos y aplicados (el lugar privilegiado para el buen éxito de la curación). Pues bien: superando resueltamente el puro empirismo y todas esas formas de la mentalidad mágica, los pensadores jónicos y los médicos hipocráticos afirmarán para siempre —esto es lo decisivo: para siempre— que la eficacia de un fármaco no depende primariamente de ese «quién», ese «cómo» y ese «dónde», sino, ante todo, del «qué» del fármaco, de lo que éste por sí mismo *es*, de las propiedades de su naturaleza. Los europeos del siglo XVII no podrán contener la sonrisa oyendo a los médicos de Molière que el opio hace dormir *quia est in eo virtus dormitiva;* y tendrán razón, porque siem-

pre es cómico el espectáculo de quienes convierten en meta el punto de partida. Pero es lo cierto que la sentencia del doctor molieresco tuvo que ser penosamente conquistada en la costa jónica cientos de miles de años después de que el hombre existiese sobre el planeta.

Grecia, en suma, aprendió y enseñó a pensar y a obrar mediante el atenimiento de la inteligencia a la naturaleza y al ser de las cosas, a lo que las cosas pueden hacer y son por sí mismas; con otras palabras, a lo que es válido para todos los hombres, a lo universal. El humanismo y el cosmopolitismo, frutos tardíos de la cultura griega, se hallaban potencialmente incluidos en el esfuerzo mental de Tales y Anaximandro por entender la realidad de las cosas desde el punto de vista de su «naturaleza». Heredando a Grecia, Europa y, luego, el Occidente, se han sentido y se sienten en la obligación mental de instalar su existencia en el ámbito de lo humano en cuanto tal; por lo tanto, y como diría Hegel, en el «elemento del ser».

La mentalidad helénica no hubiese sido nunca mentalidad europea —y luego occidental— sin la ingente novedad del cristianismo. «Sin la Biblia no habría Europa», ha escrito Jaspers. Privada del Antiguo y del Nuevo Testamento no sería la historia lo que es, aunque haya pueblos desconocedores de uno y otro u hostiles contra ellos. Es verdad que desde la Ilustración se puede ser europeo y occidental sin ser cristiano; pero el europeo no cristiano, llámese Marx, Nietzsche o Sartre, se ve históricamente forzado a ser hombre asumiendo en su vida modos de ser procedentes del Cristianismo. Cristiano o no, el «occidental» no ve en el hombre sólo un ser viviente capaz de hablar, pensar, levantar edificios y construir utensilios; ve en él, además, un ente dotado de libertad íntima y creadora, exigente de libertad exterior, inmerso en una historia irrepetible, que unas veces le perfecciona y otras le degrada, y constitutivamente abierto a un horizonte al que no sólo pertenecen el ser y el no ser, mas también la nada y el infinito. *Je ne vois qu'infini par toutes les fenêtres*, exclama una vez Baudelaire. Con una u otra concepción de ese «Infinito» —el Dios cristiano, el Dios de los deistas, la Realidad Material del marxismo o el imposible y absurdo En-sí-Para-sí de Sartre—, eso mismo vienen pensando todos los hombres de Occidente desde que el Cristianismo se infundió en el seno de la mente griega.

La Antigüedad clásica cristianizada, ¿hubiese llegado a producir por sí sola la entidad histórica que hoy llamamos Europa? No lo creo. Justino es griego y cristiano y Ambrosio

de Milán es cristiano y romano; mas ninguno de los dos es europeo, en el sentido que tendrá esta palabra después de la invasión del mundo antiguo por los pueblos germánicos. La crónica de la victoria de Carlos Martel sobre los árabes —Poitiers, año 732— termina así la descripción de la batalla: *Europenses vero... in suas se leti recipiunt patrias.* Estos hombres no son ya griegos ni romanos, son algo auroralmente nuevo en la historia del mundo: *europenses*, europeos. Son cristianos, como Justino y Ambrosio, y hasta han heredado su modo de serlo; pero a esta herencia se añade en sus almas el joven y arrojado ímpetu fáustico de los pueblos que han derribado el Imperio de Roma. La permanente insatisfacción del alma, condición esencial del ser humano, y la conciencia de hallarse por encima de la naturaleza cósmica, tan central en la fe y en el pensamiento de los cristianos, ganan un potencial altísimo y un sentido inédito cuando la Antigüedad clásica y el Cristianismo se funden con la sangre de sus invasores. Tomás de Aquino y Escoto, Maquiavelo y Leonardo, Descartes y Pascal, Cervantes y Velázquez, Shakespeare y Newton, Kepler y Kant van a ser, entre tantos otros, los frutos humanos de esa exaltada insatisfacción de las almas. Los griegos llamaron *hybris*, desmesura, al pecado de los hombres que, rebasando su límite propio, tratan de medirse con los dioses. Pues bien: desde su nacimiento mismo, Europa viene siendo la empresa histórica y cósmica de la *hybris* cristiana. «De tal modo me elevas, que yo soy más que yo», dice un verso del Dante (*Paraíso*, XVI, 19). Ser más en la tierra, ser siempre más, ser cada día otra cosa, sin dejar de ser pábulo y modelo para todos los hombres; nunca en las almas europeas ha dormido este soberbio impulso.

A la vez que se va haciendo a sí misma, Europa descubre el mundo y, por vía educativa o colonial, lo europeiza. Pero hay un vastísimo continente, en el cual Europa pasa pronto de ser potencia colonizadora a ser principio informante. A partir del siglo XVI, y sin detrimento de lo que a través de la cultura europea puedan aportar las poblaciones indias al acervo común de la humanidad, América entera va a ser una prolongación de Europa. Surge así una realidad histórica nueva, a la cual podríamos llamar Euroamérica si no hubiésemos comenzado a llamarla «Occidente». Benjamín Franklin, Walt Withman, Sor Juana Inés de la Cruz, Andrés Bello, Rubén Darío y Diego Rivera son tan «occidentales» —tan euroamericanos— como Hegel, Goya, Pasteur, Darwin, Dostoievski y Marx. Nombro deliberadamente a Dostoievski y a Marx para indicar que

el llamado «telón de acero» no constituye en modo alguno la frontera del Occidente. Pese a las actuales tensiones políticas, la realidad cultural de Occidente no termina en el Elba, ni en el Vístula, ni siquiera en los Urales.

Con sus deficiencias y sus torpezas, tanto como con sus singularidades y sus excelencias, España supo implantar en América la posibilidad europea y occidental que acabo de describir. Se dirá que la temprana incorporación del arte indígena al plateresco español y luego al barroco español y europeo no dio la medida de lo que esa faena actualizadora y universalizadora de las culturas prehispánicas pudo y puede todavía lograr. Se añadirá, con no menor razón, que los españoles del siglo pasado y de éste, los de hoy mismo, hemos olvidado hartas veces tal planteamiento «europeo» de nuestra condición. Indigenistas o no, no faltarán hispanoamericanos —lo sé— que en su fuero interno añoren el futurible de haber sido europeizados y occidentalizados por ingleses, franceses, italianos o alemanes. Pero la verdad es que la ambición genéricamente «humana» de los que han concebido y edificado el Museo de Antropología del Parque de Chapultepec no hubiera sido posible sin la condición radicalmente europea de los españoles que convirtieron Tenochtitlán en México, y sin la humana posibilidad que para todos los mexicanos —blancos, mestizos o indios—, ellos hicieron vigente y prometedora entre California y el Yucatán. España no llevó a México *la* cultura; llevó tan solo *una* cultura. Es cierto. Pero esa cultura que llevó España iba a hacer posible que los mexicanos cultivasen un día en términos de cultura universal el legado de las culturas prehispánicas. En definitiva, que su pensamiento y su sentimiento acerca de sí mismos fuesen los que hoy son.

Adivino la respuesta de muchos sutiles mexicanos; acaso la de todos los que aman tanto a los vestigios de Teotihuacán como a las palabras del *Quijote*. Dirán: «Y ustedes, los españoles, ¿qué hacen para actualizar y universalizar su condición de tales españoles? En el orden de los hechos, ¿cómo están cumpliendo en su país esa permanente posibilidad que es la esencia de Europa? ¿Cómo, por otra parte, colaboran con nosotros en la faena de actualizar aquí y ahora tal posibilidad?» Y yo —debo ser sincero— les acompañaré en sus preguntas.

Pedro Laín Entralgo

Madrid